

EL SEXISMO COMO VIOLENCIA IDEOLÓGICA: SUS EFECTOS EN LAS PERSONAS, LAS FAMILIAS Y LOS GRUPOS.

Jorge Barudy Labrin

Introducción

Al referirnos al sexismo como una forma de violencia ideológica, lo hacemos desde la perspectiva del observador, es decir, aceptando que todo lo que se dice lo dice alguien y ese alguien, siendo parte del fenómeno que estudia, no puede tener la pretensión de ser objetivo frente al fenómeno que estudia. Por lo tanto, todo lo que diré en relación a este tema es parte de mi mundo, es decir, de mis emociones, pensamientos, representaciones, valores y comportamientos. Pero a diferencia de un discurso delirante el contenido de mi conferencia emerge de una práctica social, por lo tanto puede ser considerado como “subjetivamente objetivo” y utilizado como un alimento más de esta mesa común alrededor de la cual nos hemos juntado para conversar y aportar con nuestros conocimientos, prácticas y esperanzas.

El concepto de violencia ideológica nos sirve para distinguir una violencia exclusivamente producida por el animal humano. Esto en la medida que hasta donde sabemos somos los únicos animales capaces de representarnos la realidad, a partir de esa maravillosa y a la vez peligrosa capacidad de simbolizar la experiencia y transformarla en palabras, discursos, “realidad”. Desgraciadamente, este maravilloso recurso de comunicación y colaboración al ser manipulado en relaciones de poder asimétricas pueden dar origen a creencias y representaciones que propugnan el abuso, la violencia, la explotación y la dominación de los que tienen menos poder. Los animales humanos somos los únicos animales que solemos hacer daño a un semejante, torturarlo, violarlo e incluso matarlo a partir de un sistema de representaciones que no sólo legitima esta violencia, sino que además la mistifica, de tal manera que las víctimas difícilmente pueden ser reconocidas o reconocerse como víctimas. A través de este texto intentaremos compartir nuestras reflexiones sobre este fenómeno tomando como ejemplo el sexismo.

Lo humano como fenómeno lenguajeante

El origen de lo humano como realidad está íntimamente ligado al origen del lenguaje, para Maturana H., "lo peculiar de lo humano está en el lenguaje y su entrelazamiento con la emoción" (Maturana 1990).

Según este mismo investigador, el lenguaje surgió en la evolución de los seres vivos como consecuencia de la historia de sus interacciones repetitivas, en sus procesos adaptativos. Por lo tanto la emergencia del lenguaje es un fenómeno biológico destinado a la preservación de la vida.

Maturana y otros autores nos proponen un modelo singular para explicar la emergencia del lenguaje en los seres vivos en general y en la especie humana en particular.

Por desgracia, dice Maturana "La vida social y lingüística no deja fósiles; y no es posible reconstruirla". "Lo que sí podemos decir es que los cambios en los homínidos tempranos que hicieron posible la aparición del lenguaje tienen que ver con su historia de animales sociales de relaciones interpersonales afectivas estrechas, asociadas al recolectar y compartir alimentos. En ellos coexistían las actividades aparentemente contradictorias de ser parte integral de un grupo pequeño y estrecho, y al mismo tiempo de salir y alejarse por periodos más o menos largos a recolectar y cazar". El lenguaje tal como lo practicamos debe haber nacido en esas circunstancias, como una especie de apego lingüístico que permitía que cada miembro del grupo se "llevara" al grupo consigo sin necesidad de interacciones físicas continuas con él.

"Hallazgos fósiles de esa época indican que la conducta acarreadora (cazar, recolectar y acarrear hacia el grupo) era parte integral en la conformación de una vida social en la que la hembra y macho, unidos por una sexualidad permanente y no estacional como otros primates, compartían alimentos y cooperaban en la crianza de los más jóvenes a través de comportamientos compartidos, y aprendidos en el marco de la continua cooperación de una familia extendida" (Maturana 1984).

Siguiendo estas ideas, la experiencia emocional que permitió la emergencia del lenguaje humano, es el compartir en un ambiente de sensualidad amorosa. El lenguaje tal como lo conocemos y nos servimos de él hoy en día, es el resultado de la convivencia y de las transformaciones de los participantes en la convivencia. Según Maturana, este no habría surgido si no se hubiese producido en esta historia de convivencia. Por lo tanto, el poder comunicar y comunicarnos a través del lenguaje es el resultado del compartir, reconociendo al otro como un otro.(Maturana 1984). En este marco es legítimo representarse que las diferencias de género equivalían a dinámicas de respeto mutuo que aseguraban la participación de todos los miembros de la comunidad para asegurar la finalidad que define la

identidad de lo vivo, de lo animal, de lo humano, es decir, mantener su capacidad autopoiética..

Desde el punto de vista biológico, la identidad del ser humano y de los sistemas humanos está determinada por su capacidad autopoiética, es decir poder producirse continuamente a sí mismos, incluido el borde o la membrana que los delimita y que también participa del proceso (Maturana 1984). Esto equivale a decir que la finalidad del ser humano es producir, conservar, proteger y reproducir la vida.

Desgraciadamente una serie de creencias y comportamientos humanos atentan contra la finalidad autopoiética. Uno de estos sistemas de creencias es precisamente el sexismo.

Una explicación de esta paradoja la podemos encontrar en el hecho que los sistemas humanos, (una familia, un pueblo, una institución) al ser sistemas "lenguajeados" y "lenguajeantes", son capaces de construir relatos de la realidad que no siempre corresponden a esa realidad. Somos los únicos animales capaces de autoengañarnos para enfrentar personas y situaciones que nos provocan miedo, inventando mitos y creencias, que nos proporcionan la ilusión de control, olvidando o negando luego lo que hemos inventado.

El lenguaje considerado como fenómeno vital, debería estar siempre al servicio de la vida, pero desgraciadamente, esto no es siempre así. Innumerables son los ejemplos, que dramáticamente no muestran la capacidad de los seres humanos de destruir a otros seres humanos a partir de representaciones ideológicas, religiosas u otras, todas posibles gracias a esta capacidad de simbolizar que se abre con el lenguaje.

A este respecto, Humberto Maturana en su libro "El árbol del conocimiento" hace referencia a la existencia en el zoológico del Bronx, en Nueva York, de una jaula especial, en el pabellón destinado a los primates. Al acercarse a ella, entre los barrotes uno ve en gran espejo de fondo, su propia imagen y en la base del espejo un letrero "El primate más peligroso del planeta". Aclara la leyenda que el hombre ha matado a más especies sobre el planeta que ninguna otra especie conocida...

Una manera de entender esta destructividad del animal humano se relaciona con la paradoja de su capacidad lenguajeante (Maturana 1978) . La capacidad de representarse la realidad que emerge en la convivencia social crea al mismo tiempo, un otro campo fenomenológico, el de las representaciones. Esto tiene como consecuencia la emergencia de la conciencia de sí mismo, del otro, del mundo y por lo tanto la necesidad de explicarse estos fenómenos para poder situarse en ellos. El lenguaje abre la posibilidad y pertenece al dominio de lo social, es decir, el lenguaje nos permite el acceso a la conciencia de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, pero al mismo tiempo es "creador de mundos", es decir, de explicaciones que van a organizarse en sistemas de explicaciones que se

transformarán en creencias. Las creencias se transforman en representaciones destructivas cuando el empujón que las produce es el miedo y este miedo define representaciones y acciones destinadas a controlar, dominar o eliminar a las personas y las situaciones que lo producen.

El sexismo así como el adultismo, el racismo, el integrismo, etc., pueden ser considerados como fenómenos de la misma naturaleza.

Por lo tanto es a través del lenguaje simbólico que el animal humano no solo experimenta el mundo sino que crea mundos, es decir mitos que le permiten regular la ansiedad y el miedo frente a lo desconocido como el origen de la vida, la muerte, el otro diferente, fenómenos naturales, etc.

Pero además, la experiencia de vivir en un mundo de representaciones compartidas, crea la conciencia de pertenecer a un grupo, clase, etnia, género, etc. Esto proporciona al individuo no sólo refuerzos para su identidad, sino además la vivencia de pertenecer a un grupo, a una masa, proporcionándole el sentimiento de no estar solo(a), y de sentirse más seguro(a) y más fuerte frente al misterio de lo “desconocido” y lo “incontrolable”.

A partir de lo expuesto, podemos considerar al sexismo como una forma de estar en el mundo que implica un empujón de miedo frente a la otra o al otro de género diferente, a partir del cual emerge una manera de pensar y actuar destinado a definir la relación con ella(s) o con ello(s) en términos de control, dominación y/o exterminación.

El sexismo como fuente de violencia ideológica

El sentimiento de pertenencia a un grupo, surge como fenómeno social inevitable, ligado al acceso de la representación de la realidad que abre el lenguaje y se transforma en una necesidad vital, pues este proporciona a los miembros individuales una experiencia de fuerza y de poder. Esto, por una parte amplifica al individuo su capacidad de adaptación al medio lo que se expresa en nuestro lenguaje natural por frases "juntos podemos más" "unidos venceremos", "la unión hace la fuerza". Pero, por otra parte, aparece el peligro del otro o de la otra que amenaza porque es diferente, que cuestiona este sentimiento de cohesión y de unidad.

Este modelo, es una forma de dar sentido a la emergencia de dinámicas de control, domesticación, anulación y o destrucción del otro, cuando este otro es vivido como diferente. En el caso del sexismo se trata generalmente de “esta otra” que es percibido, producto de las creencias, como un peligro en su diferencia. En general, podemos decir que cada vez que un grupo humano cree que sus "formas" de ver y comprender el mundo (sistema de creencias, ideología, teorías científicas) son verdades absolutas a defender a

cualquier precio, aún destruyendo otras formas de vida y por ende otros seres humanos, estamos en la zona que denominamos **la violencia ideológica**. A diferencia de la violencia agresiva que resulta de una falla de los rituales compuestos de comportamientos y discursos destinados a manejar las emociones en un grupo, la violencia ideológica es el resultado de creencias destructoras que impiden la utilización de estos rituales (Barudy 1998).

Las representaciones y las creencias son en este caso más importantes que la “biología”, es decir, que la vida. La creencia y la idea que nos hacemos de alguien es más importante que su condición de ser vivo. En este contexto, el otro no es más un semejante en la emoción del amor y la coexistencia, sino que él o ella, niño, mujer u hombre devienen una cosa o un objeto vividos como una perturbación que amenaza el sentido de pertenencia y seguridad, sobre todo de aquellos miembros dominantes del sistema.

Es a partir de estas creencias que los sujetos o los sistemas violentos legitiman el control, la dominación, el sufrimiento, los castigos y/o la destrucción de los demás.

Encontramos este fenómeno de transgresión a la vida, en todas las formas de violencia organizada a partir de una ideología: la tortura, la persecución política, la persecución religiosa, el sexismo de alta, media, y baja intensidad, así como en la violencia familiar y/o institucional, en donde las víctimas de la ideología abusiva de los adultos son los niños.

En las situaciones de violencia ideológica, las víctimas no son solamente dominadas, maltratadas, abusadas y por ende traumatizadas, sino que además son obligadas a creer en las ideologías que justifican y/o mistifican el abuso. Así, el carácter altamente mórbido de la violencia ideológica es que ésta emerge en un contexto de comunicaciones que mistifica el carácter abusivo de esta. Esto dificulta a la víctima la posibilidad de reconocerse como tal y/o de nombrar los autores, así como de reconocer los elementos contextuales y culturales que sustentan los comportamientos abusivos.

La verdadera significación de la dominación sexista, por ejemplo, el miedo de las otras diferentes está camuflada o simplemente negada.

Hay por lo tanto, en toda situación de violencia ideológica un proceso que no es solamente traumático para las víctimas, sino que además se acompaña de un proceso de “alienación” a través del cual el sexista en este caso, trata de imponer sus valores y sus representaciones “integristas” de la relación hombre y mujer. Esto le permite negar, legitimar, banalizar sus estrategias de control, dominación y sumisión y en los casos más dramáticos, los malos tratos físicos, sexuales y/o psicológicos.

El sexismo masculino dominante en nuestra cultura es una forma de violencia ideológica, en la medida que para el hombre a nivel de sus sistemas de representaciones, la mujer no es vivida como una persona legítima, en la emoción del amor, el respeto y la convivencia. La mujer es reducida a una cosa, un objeto, que si exige respeto de sus derechos perturba el orden social, y por lo tanto, amenaza el sentimiento de pertenencia y seguridad del género masculino dominante. En estos contextos, las ideas, las creencias son más importantes que la condición humana y los derechos legítimos de la mujer y en casos extremos y no excepcionales serán estas mismas creencias que legitimarán el abuso y la violencia física psicológica y sexual de las mujeres.

El sexismo como cultura abusiva.

Estas ideas me han ayudado a entender los "grados patológicos" de egocentrismo y/o de etnocentrismo sexista que he encontrado en los hombres abusadores y/o maltratadores, de mujeres y de niños protagonista de situaciones de violencia conyugal y de malos tratos infantiles. Estos organizan y auto-justifican sus comportamientos a partir de sus concepciones singulares del mundo y de ellos mismos. Un ejemplo extremo de esta situación lo encontramos en los casos de los violadores y abusadores sexuales .

Si todos los abusadores sexistas se encuentran atrapados en el hecho de confundir sus mapas o sus representaciones del mundo con la realidad, el abusador sexual es el más sorprendente. Los hechos están ahí, la hija o los otros niños han puesto al descubierto una situación de abuso sexual y/o la esposa a denunciado múltiples agresiones físicas y sexuales, pero el sujeto "abusador" insiste en defender sus propios esquemas compuestos de una visión de sí mismo y de sus relaciones familiares totalmente idealizadas. Este abusador, a menudo defiende unos principios morales absolutos, en perfecta contradicción con lo que se está denunciado.

El lenguaje de este abusador corresponde a una cultura dogmática, sus percepciones alteradas por sus representaciones absolutas y totalitarias se expresan a través de un monólogo destinado a defender su adhesión a una representación acrítica de la realidad, que excluye toda posibilidad de reflexión crítica y consciente de los actos abusivos que ha cometido.

Se trata de un discurso dicotómico y reduccionista por excelencia. Las creencias de este "abusador" se amplifican y se petrifican al máximo en cuanto estalla la crisis que lo pone en cuestión. En ese momento manifiesta el núcleo de su drama al mostrar que lo que él piensa y expresa con su lenguaje es del todo incongruente en relación a lo que se está denunciando, siendo incapaz de reconocer lo que ha hecho. Los terapeutas confrontados a este abusador tienen la impresión que están confrontados a una sola

persona que representa dos personajes que vienen de dos planetas diferentes. Uno moralizante y rígido, el otro abusador y cobarde. Cuesta creer que quién se encuentra ante nosotros habita un solo y mismo planeta. Cuando los abusos sexuales saltan a la luz, es decir, del terreno de lo privado a lo social, este padre y marido autoritario y moralizante lo negará en bloque, rechazando con todas sus fuerzas que se le impute de haber cometido tal bajeza. "cómo pueden pensar esto de mí, siendo yo un hombre honorable, si soy un médico, o un profesor, o un policía, padre de familia o marido irrefutable". Si las evidencias son demasiado grandes, tendrá "la desfachatez" de acusar a su hija víctima de haberlo incitado o provocado. O clamar a un complot de parte de su esposa y de la familia de ésta para desprestigiarle o hacerle daño.

Podemos decir que para este tipo de sujetos, la capacidad de reflexión se encuentra totalmente ausente, y que sus vidas personales se han vuelto "ciegas para sí mismo" (Maturana H., Varela G. 1984)

Estos sujetos imponen a su sistema familiar una organización familiar basada en "una regla mítica" que dice "está prohibido conocer", es decir, no se puede reflexionar sobre la experiencia y en consecuencia sobre la vida misma. En este sistema totalitario las experiencias subjetivas de cada uno de los individuos son negadas, desplazadas o deformadas, para confirmar y mantener un conjunto de creencias rígidas y dogmáticas que mantienen la dominación del hombre y la sumisión de la mujer y de los hijos especialmente de las hijas.

La individualidad está así anulada por un sistema de creencias, que perpetua y legitima el abuso de poder de parte del hombre sobre la mujer y de los adultos sobre los niños.

El drama de estos adultos abusadores, implicados entre otros, en situaciones de abuso sexual, es que para ellos sus creencias son verdades absolutas, verdaderos dogmas que excluyen para ellos y para sus esposas e hijos las posibilidades de emocionarse en el amor. Es a través del diálogo terapéutico que a veces se puede descubrir que la base de este dogmatismo ideológico frente a la mujer y a las niñas, es la emoción de miedo de ser destruido y/o abandonado por los suyos. De esta manera este conjunto de creencias sexistas y adultistas, acompañadas de una imagen idealizada de sí mismo no sólo le permiten al hombre abusador "manejar" sus miedos, sino que además autoengañarse sobre sus comportamientos abusadores.

Este ejemplo extremo también nos permite evocar otras situaciones sociales e institucionales donde sujetos o grupos de sujetos imponen un discurso ideológico, que no sólo les permite abusar sin remordimientos, sino ocultar para los demás y a menudo para sí mismos el carácter abusivo e incoherente de sus actos.

Desgraciadamente el modelo económico e ideológico dominante en la actualidad, el del libre mercado, el de la globalización, es un ejemplo masivo y generalizado de este fenómeno.

Los tiranos sexistas, los integristas políticos o religiosos, los defensores del capital, los racistas brutales y los más sofisticados si bien pertenecen a fenomenologías diferentes presentan como similitud, el de abusar del poder al mismo tiempo que se construyen e imponen a los demás una " historia" para justificar y mistificar lo que hacen, manteniendo así sus dinámicas de dominación. En el plano psicológico, esta negación y distorsión de la experiencia y la afirmación fanática de sus creencias permite a estos adultos exorcizar el riesgo de verse confrontados a responsabilidades y sobre todo a sus propios miedos personales, que a menudo se originan también en historias familiares y sociales que no permitieron el desarrollo de una seguridad desde sus infancias para confiar en sí mismos y en los demás y participar sin miedo en dinámicas sociales de dar y recibir.

En el caso de los abusadores sexistas que hemos conocido en nuestra práctica clínica se trata casi siempre de un sujeto que ha tenido una historia de malos tratos en su infancia, no sólo a nivel familiar, sino también a nivel social e institucional. En estos caso es válido el aforismo “el abusador es un "abusado" que abusa”. Esta redefinición del adulto que abusa, porque el mismo fue abusado, nos permite comprender sus transgresiones no ya como acciones de un espíritu maléfico o enfermo, sino como consecuencia de su proceso histórico donde han participado una multiplicidad de autores con grados de responsabilidad diversos. Esta lectura de los actos abusivos no borra la responsabilidad del abusador, al contrario, lo coloca al centro de los hechos denunciados. Pero al considerarlo como sujeto de una historia, nos permite la distancia necesaria para poder comprender el sentido de sus actos y al mismo tiempo su obstinación por defender sus creencias, y así abrir las puertas para una posible rehabilitación.

Conclusión

A diferencia del adulto sexista y por ende abusador, nosotros y nosotras, sabemos, así lo espero, que nuestras formas de pensar, al igual que las ideologías políticas, las religiones, las teorías científicas, etc. pueden ser considerados también sistemas de creencias. Porque, a riesgo de repetirme, las creencias son una forma de simbolizar las experiencias que cada ser humano realiza, es decir, son los resultados que sus procesos perceptivos, en un dominio emocional determinado y simbolizados en el lenguaje. Mientras más este emocionar esté cerca del miedo, más grande es el riesgo que estas creencias sean destructivas.

Por otra parte es este mismo lenguaje que nos permite además comunicar con los otros. Esto crea la posibilidad de dialogar con los otros, de conversar, lo que crea la posibilidad de co-crear ámbitos emocionales de confianza que a su vez abran la posibilidad de reflexionar sobre nuestras creencias y co-construir nuevas. Creencias que legitimen a hombres y mujeres, adultos, niños y ancianos, autóctonos e inmigrantes, etc. como seres legítimos en la convivencia y por lo tanto como partícipes de la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

El drama para los que viven encerrados en creencias excluyentes y abusivos reside en que en el funcionamiento de estos sistemas, la posibilidad de diálogo de conversar se halla excluida. Entonces, nuestro desafío en tanto que seres humanos comprometidos con la vida, consiste en contribuir a crear las condiciones que faciliten el diálogo. Pero, para eso, hace falta creer en el diálogo y hay que seguir luchando para que este diálogo sea posible.

Es sólo a través del encuentro y del diálogo en un clima de respeto por la vida y las personas, a pesar de sus diferencias, que podremos producir un mundo participativo e igualitario. En este mundo, el respeto por la vida y el de los derechos humanos será la norma social donde hombres y mujeres juntos se asocien para co-construir una sociedad civil que asegure la ciudadanía de todos, defienda la igualdad, la libertad y sobre todo, asegure la defensa y la protección de los derechos de los grupos más vulnerables, por ejemplo las niñas y los niños, las minorías étnicas.....

Sin ninguna duda la herramienta más coherente para lograr este fin es **la conversación** (Maturana, H., 1992), que constituye con certeza el más humano de todos nuestros actos, puesto que con ella podemos crear un campo sensorial cuyo emocionar permite el encuentro y el diálogo. En la conversación, la otra y el otro serán siempre respetados porque en esa dinámica social, nuestros organismos se encuentran en una afectividad amorosa que nos vincula. De esta manera, la palabra conversada evitará la transformación de la diferencia en violencia por su carácter regulador y mediador. Es este acto de conversar que se repite al infinito al interior de los sistemas humanos sanos el que permite que los afectos se comuniquen, regulen y elaboren, al mismo tiempo que se compartan y enriquezcan las historias que precisan las identidades de cada uno y los sentidos de pertenencia. Todo esto es lo que crea un sentido de comunidad cuya finalidad es el respeto de la vida, de los vivientes y por ende de cada ser humano independiente de su género, etnia, edad, color de piel

Bibliografía

Barudy, J., El dolor invisible de la infancia: una lectura ecosistémica.
Editorial Paidós, Barcelona, 1998.

Maturana, H., El sentido de lo humano, Santiago de Chile, Dolmen, 1991.

Maturana, H., Varela, G., El árbol del conocimiento, Santiago de Chile,
Edit. Universitaria, 1984